Ayer 62/2006 (2): 257-282 ISSN: 1137-2227

El antiamericanismo en la España del primer franquismo (1939-1953): el Ejército, la Iglesia y Falange frente a Estados Unidos *

Daniel Fernández de Miguel
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Estados Unidos ha sido percibido, hasta época reciente, de forma muy negativa por parte de los sectores conservadores de la sociedad española. Además de asociarse prácticamente desde su mismo nacimiento a valores y tendencias progresistas, el país norteamericano fue anatematizado por la amenaza que siempre representó para los dominios españoles de América, sintetizada en la Doctrina Monroe. Mediante la instauración del régimen franquista los viejos fantasmas antiamericanos reaparecieron con fuerza y los principales actores del nuevo Estado no dudaron en mostrar su antipatía hacia Estados Unidos. Hasta que los imperativos de supervivencia política no condujeron a los pactos de 1953, en las filas del Ejército, la Iglesia y Falange encontramos, partiendo de motivos y obsesiones diferentes, un común rechazo a Estados Unidos.

Palabras clave: antiamericanismo, prejuicios, modernidad, «peligro protestante», Hispanidad, cine norteamericano.

Abstract: Until recently the United States has been perceived very negatively by the conservative sectors of Spanish society. Besides being bound to liberal inclinations and values, the American nation was cursed because of the threat, synthesized in the Monroe Doctrine, that it always represented for Spanish territorial possessions in America. Through the establishment of the Franco regime, the old anti-American phantoms reappeared strongly and the new State's main actors did not hesitate in showing their aversion to the US. Until the imperative of political survival demanded the signing of the 1953 agreements, starting out from dif-

---

* Accésit VII Premio de Investigación para Jóvenes Investigadores, 2005.

ferent motives and obsessions we find in the members of the Army, the Church and Falange, a common rejection of the US.

Keywords: anti-Americanism, bias, modernity, «protestant peril», Hispanidad, American cinema.

Introducción

Se ha convertido en un lugar común la idea de que el antiamericanismo está ampliamente extendido en la sociedad española, alcanzando unos niveles muy elevados en comparación con el presente en otros países europeos. A tenor de los resultados de diversas encuestas esta creencia parece ajustarse a la realidad [1].

Por antiamericanismo entiendo un sentimiento de antipatía genérica hacia Estados Unidos y, en consecuencia, la predisposición a percibir negativamente su imagen. Una imagen que, articulada con base en prejuicios y estereotipos, asocia a los norteamericanos y a su socie-

[1] Por ejemplo, los estudios llevados a cabo por el CIS desde los años ochenta hasta ahora sitúan recurrentemente a los estadounidenses en los últimos lugares de la lista de simpatías de los españoles. En un estudio llevado a cabo por la Office of Research, US Department of State a finales de 1999 se indicaba que España era el país de la Unión Europea en el que menor número de ciudadanos expresaba una valoración positiva acerca de los Estados Unidos, únicamente un 50 por 100 de la población, lo que contrastaba con el 62 por 100 de los franceses, el 76 por 100 de los italianos o el 78 por 100 de los alemanes. Otras importantes encuestas, como las llevadas a cabo por International Gallup o por el Pew Research Center for the People and the Press también apuntan en la misma dirección, esto es, a que el antiamericanismo en España alcanza una de las cotas más altas de Europa. Así, en una encuesta realizada por International Gallup entre noviembre y diciembre de 2001, en plena invasión norteamericana de Afganistán como respuesta a los ataques terroristas sobre las Torres Gemelas y el Pentágono, España aparecía, después de Grecia, como el país europeo en el que la gente valoraba más negativamente la política exterior norteamericana, expresándose en términos positivos sólo el 14 por 100 de la población, frente al 22 por 100 tanto de belgas como de franceses, el 31 por 100 de los alemanes o el 40 por 100 de los italianos. El barómetro del Real Instituto Elcano señalaba en febrero de 2003 que un 52 por 100 de los españoles tenía una opinión poco o nada favorable respecto a los Estados Unidos, mientras que un 57 por 100 de los encuestados consideraba negativamente la expansión de las ideas y costumbres norteamericanas por el mundo. Por último, en la encuesta llevada a cabo por el Pew Research Center for the People and the Press entre el 10 y el 17 de marzo de 2003 —en un momento de gran oposición de la opinión pública europea a la intervención norteamericana en Irak—, sólo un 14 por 100 de españoles mostraba una opinión favorable a los Estados Unidos, frente al 31 por 100 de los franceses, el 34 por 100 de los italianos o el 48 por 100 de los británicos.

dad con cualidades tenidas como permanentes y esenciales, como propias de su naturaleza. De este modo, los estadounidenses son tenidos por arrogantes, prepotentes, interesados, simples, ignorantes, etc., y en función de estas cualidades peyorativas queda condicionada la valoración de cualquier actuación o noticia protagonizada por ellos. Por consiguiente, la crítica racional y empírica de aspectos políticos, socioeconómicos y culturales concretos de la vida norteamericana queda fuera de esta definición.

El antiamericanismo constituye un fenómeno ideológico que se inscribe tanto en la alta cultura como en el terreno de la cultura popular, afectando a estratos sociales muy diversos. No cabe duda de que tiene un componente político nada desdeñable que se manifiesta en la actualidad con una mayor presencia del antiamericanismo en los sectores sociales situados en la parte izquierda del espectro político. Sin embargo, históricamente, las representaciones peyorativas de Estados Unidos han sido más propias de los sectores conservadores y reaccionarios españoles que de los asociados a ideologías progresistas. Así ocurrió a lo largo de todo el siglo XIX y la primera mitad del XX, cuando la imagen de Estados Unidos se asociaba con la democracia, el protestantismo y la tolerancia religiosa. No es casualidad que la mayor parte de los estereotipos aplicados a los norteamericanos —materialistas, pragmáticos, avariciosos, maleducados...— procedan de una tradición cultural española ligada a valores católicos conservadores, en la que se desprecia el individualismo y utilitarismo anglosajones, bases del capitalismo y de la democracia moderna.

El nuevo Estado surgido tras la Guerra Civil española supuso, en el tema que nos ocupa, el triunfo de «un conglomerado de gente, cuya visión de los americanos era la que tan magistralmente nos mostró Berlanga en la escena de las fuerzas vivas planeando qué hacer para recibir a los americanos en la inolvidable *Bienvenido Mr. Marshall*: curas que consideran a Estados Unidos la patria del diabólico protestantismo, militares y nueva hidalguía (los falangistas) que los consideran la ruina de nuestro imperio, intelectuales de medio pelo que los consideran simples e inocentes [...]»[2]. En efecto, en los años posteriores a la guerra y prácticamente hasta la conclusión de las negocia-

[2] MORILLA CRITZ, J.: «Prólogo», en JARQUE ÍÑIGUEZ, A.: «*Queremos esas bases». El acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1998, p. 20.

ciones con Estados Unidos en septiembre de 1953, las muestras de hostilidad hacia los norteamericanos fueron constantes en los medios de expresión de los tres grandes bastiones en los que se apoyaba el nuevo régimen: el Ejército, la Iglesia y Falange.

Esta tendencia antiamericana de la derecha española sólo comienza a variar a raíz de los mencionados acuerdos de 1953 y, sobre todo, a partir de finales de los años cincuenta, con la llegada al poder del Estado franquista de una *nueva derecha* ligada al Opus Dei. Ésta, moderna en ciertos aspectos y con conexiones con algunos grupos políticos y económicos estadounidenses [3], encontraría en la representación más conservadora de Estados Unidos un buen referente de crecimiento económico acompañado de orden, religión y puritanismo en las costumbres, lo que, en definitiva, propiciaría que en el campo del conservadurismo español se dejara de ver exclusivamente en términos instrumentales, como mero socio de conveniencia, a la gran superpotencia mundial. Por el contrario, esta nueva corriente de la derecha española abogaría por estrechar lazos con los norteamericanos y por adoptar ciertos aspectos de su modelo socioeconómico.

Durante el periodo que abarca el presente estudio, 1939-1953, se pueden distinguir, básicamente, tres etapas en el devenir del antiamericanismo español. En primer lugar, a lo largo de la Segunda Guerra Mundial nos encontramos en España con un antiamericanismo sin ambages, liderado sobre todo por falangistas y militares. Esta fuerte antipatía hacia Estados Unidos es directamente proporcional al entusiasmo que despiertan Alemania e Italia en la mayoría de miembros del Ejército y de Falange. En estos años es muy llamativa la utilización, desde círculos castrenses, de un lenguaje, muy influido por el darwinismo social y las teorías racistas, que denota una gran aversión por la sociedad multiétnica estadounidense. Asimismo, los falangistas se destacan por su liderazgo en la defensa de la hispanidad frente a

[3] El origen de estos vínculos se encuentra en la puesta en marcha a partir de 1952 del *Foreign Leaders Program*. Este plan del Departamento de Estado norteamericano tuvo como objetivo mejorar la imagen estadounidense en España mediante la atracción a su área de influencia de elites políticas, empresariales e intelectuales. Laureano López Rodó y Rafael Calvo Serer, importantes impulsores del Opus Dei en la vida política y cultural española, estuvieron entre los miembros destacados seleccionados por el programa. Véase DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L.: «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la Guerra Mundial a los Pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 35-59.

Estados Unidos —y su Doctrina Monroe—, así como en la crítica a la democracia y el capitalismo norteamericanos.

En los años posteriores al fin del conflicto mundial, en un contexto de total aislamiento internacional, el régimen franquista procede a cambiar su imagen, aumentando significativamente el protagonismo de los grupos católicos. Este hecho influye en la naturaleza del discurso antiamericano, que adquiere un tono cada vez más defensivo y conservador que queda patente en el énfasis que se pone ahora sobre los valores católicos en la defensa de la hispanidad. En consonancia con la imagen de España como fortín sitiado por la democracia liberal y el comunismo que se transmite desde el régimen, adquiere mucha intensidad el rechazo del cine norteamericano, que constituye prácticamente el único contacto con el exterior para muchos españoles, pues es visto como una amenaza a la cultura y los valores nacionales.

A finales de los años cuarenta, a medida que crece la discordia entre EEUU y la URSS, va adquiriendo cuerpo la posibilidad de un acercamiento hispano-norteamericano. Comienza una larga y difícil negociación entre ambos países que desemboca finalmente en los pactos de 1953. La desconfianza que genera el proceso de aproximación a una potencia demócrata-liberal, tildada de protestante y sobre la que existen muchos prejuicios, propicia que en amplios sectores del régimen se siga expresando una gran animadversión hacia Estados Unidos, superando los esfuerzos del Estado franquista en censurar tales manifestaciones contrarias a sus intereses políticos. En este periodo cabe destacar el temor de la Iglesia por la posible expansión del protestantismo en España, así como el recelo que entre algunos militares causa el acercamiento al país paradigmático entonces de la sociedad moderna.

El antiamericanismo español de la época se organiza ideológicamente de forma muy homogénea en torno a un catolicismo conservador del que derivan estereotipos sobre los estadounidenses forjados principalmente a lo largo del siglo XIX y ya manifestados en gran medida al calor de la explosión antiamericana que supuso la guerra de 1898. A esto hay que añadir la influencia de una corriente cultural bastante extendida en ciertos ambientes intelectuales europeos que, desde la segunda mitad del siglo XIX y haciéndose cada vez más importante a medida que aumenta el poderío de Estados Unidos,

tiende a resaltar el vacío espiritual e histórico de la civilización norteamericana[4].

El minoritario falangismo radical encontró la inspiración ideológica de su antiamericanismo en un precario fascismo que rechazaba la «plutocracia yanqui». También se pueden encontrar los últimos coletazos de un lenguaje racista, muy en boga durante el último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX, empleado sobre todo por los militares, obsesionados por un concepto de orden, de homogeneidad, que ponía en entredicho la plural sociedad norteamericana. Obviamente, tras la derrota del Eje estas fuentes ideológicas desaparecerían casi por completo, pasando el conservadurismo católico a monopolizar el contenido doctrinal del antiamericanismo. Un pensamiento conservador de raíces católicas que, no obstante, sería adaptado a las propias particularidades del Ejército, la Iglesia y Falange.

La repulsa a Estados Unidos en el Ejército: viejos prejuicios y quijotismo antimoderno

En el caso de los militares, su antiamericanismo estuvo muy influido por la admiración que despertaba Alemania en la mayoría de ellos. Esta germanofilia[5], que ya se venía dando desde el último tercio del siglo XIX, se vio reforzada por la ayuda prestada por los nazis al bando *nacional* en la Guerra Civil y ese sentimiento proalemán siguió siendo muy fuerte incluso acabada la Segunda Guerra Mundial. Los norteamericanos, por el contrario, eran tenidos por malos hombres de armas, cuyo éxito era achacado exclusivamente a su superioridad material. Como señala el sargento y ex miembro de la División Azul Ángel Salamanca, estaba muy extendida la idea de que «los americanos siempre han sido malos soldados, cobardes. Todo su éxito depende del material, del armamento que tienen»[6]. Esta imagen, reiteradamente expuesta por la prensa española de 1898, seguía siendo la

[4] RUBIN, B., y COLP RUBIN, J.: *Hating America: a History*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, en especial los capítulos 2, 3 y 4.

[5] A este respecto resultan muy interesantes las «Notas sobre la germanofilia en España» del Dr. Alfonso Álvarez Villar, en la *Revista de Psicología General y Aplicada*, 66-67 (1963), Madrid, pp. 1147-1153, así como ARANGUREN, J. L.: «Imagen española de Alemania», *Humboldt*, 12 (1962).

[6] Entrevista personal, 15 de febrero de 2005.

dominante medio siglo después. Los militares españoles continuaban percibiendo a Estados Unidos como un país de «mercachifles», carente de valores castrenses. Por ello, la participación de Estados Unidos en contra de los países del Eje y su determinante papel en el devenir final de la contienda generaron un gran resquemor en amplios sectores del Ejército español, sobre todo porque interpretaron sus éxitos bélicos en el marco de una concepción claramente extemporánea de la guerra. Según Gabriel Cardona, «los militares españoles aceptaron muy mal la derrota alemana, achacándola a causas tan diversas como la acción de los quintacolumnistas, la alianza comunista internacional, el judaísmo y, sobre todo, el material americano, sobre el que descargaron todas las invectivas. Como si se reavivaran las diatribas de los antiguos caballeros medievales contra la pólvora, muchos militares franquistas hablaban del moderno armamento como si fuera la antítesis de los valores militares, basados en el espíritu» [7]. Los militares españoles de entonces, anclados en su mayoría en una mentalidad agraria y tradicional, empleaban una retórica más propia de la ética social nobiliaria que de los tiempos modernos: «Donde sólo hay técnica y materia no cabe esperar sino la descomposición. Donde hay fe y hay espíritu hay siempre fortaleza. Por eso se valora nuestro Ejército, aun a sabiendas de que no posee el material de guerra moderno, que tanto preocupa a otros países» [8].

Detrás del desprecio al poderío material norteamericano se encuentra un organicismo espiritualista de muy honda raigambre católica, a lo que hay que añadir un fuerte complejo de inferioridad, de frustración por la marginal posición española en el mundo. Haciendo de la necesidad virtud, la pobreza de la realidad española de la época se disfrazaba mediante la presentación de un carácter nacional virtuoso en su austeridad y espiritualidad. Como señala Anthony Daniels, «cuando se enfrentan con civilizaciones materialmente más exitosas y poderosas, las civilizaciones viejas y orgullosas a menudo reaccionan consolándose con su superioridad moral o espiritual» [9].

---

[7] CARDONA, G.: *Franco y sus generales: la manicura del tigre*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, p. 117.

[8] HÉCTOR: «La Península Ibérica, baluarte de la espiritualidad», *Reconquista*, 3 (marzo de 1950).

[9] DANIELS, A.: «Superiority and Inferiority in French Anti-Americanism», en HOLLANDER, P. (ed.), *Understanding Anti-Americanism. Its origins and impact at home and abroad*, Chicago, Ivan R. De, 2004, p. 76 (traducción mía).

En el primer franquismo, mediante la utilización de un renacido y victorioso catolicismo como base legitimadora, fue constante el elogio de la pobreza y la austeridad, de las que emanaban necesariamente altos valores morales y espirituales, en contraposición con el materialismo y la molicie norteamericanos, propagadores de todo mal. Así, en unas declaraciones realizadas en 1941 por el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, a dos periodistas italianos en Madrid afirmaba que «el sistema democrático se encuentra hoy en vías de liquidación, y esa nación (Estados Unidos), rica y materialista, carece del sentido de unidad y sacrificio que anima a los países pobres» [10].

Pero nada más expresivo de esta perspectiva que las siguientes palabras del escritor y ensayista José María Souviron:

> «Ha existido, durante mucho tiempo, una idea de que lo español, la cultura española, la actitud española ante la vida, ha quedado retrasada frente al resto del mundo. Que la técnica, la economía, el progreso material se han realizado al margen de España y de las ideas esenciales que, durante una época de luchadora grandeza, representó lo español. Justamente en esta posición, y dándoles toda la razón a los que la sostienen, hay que basarse para defender el concepto hispánico de la existencia. En tanto que el progreso material ha ido desgastando al hombre, la vida hispánica se ha mantenido con los valores primarios, verdaderos y esenciales del hombre, incontaminados por la embobada admiración hacia la materia» [11].

Esta suerte de quijotismo acompaña al discurso dominante durante todo el periodo estudiado, manifestándose en los círculos militares incluso tras la firma de los pactos con Estados Unidos, mediante la publicación en revistas como *Reconquista* y *Pensamiento y Acción* de artículos que rezuman desconfianza hacia el impacto que sobre el espíritu castrense español podía tener la llegada del material norteamericano. La siguiente cita de *Pensamiento y Acción* es muy representativa: «Bien, venga el material, el necesario [...] pero no dejemos por ello de fomentar y estimular cada vez más nuestros valores morales, que si en la pasada guerra nacional se cazaban tanques con una simple botella de gasolina y a cuerpo limpio, ya inventaremos otra tác-

---

[10] Declaraciones recogidas en *Arriba*, 31 de julio de 1941.

[11] SOUVIRON, J. M.: «Sobre lo hispánico», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 28 (abril de 1952).

tica para el futuro, en que, con parecidos escasos medios si no los tenemos mejores, nos defenderemos y ganaremos a nuestro próximo adversario»[12]. En palabras del historiador Juan Carlos Losada, «habrá una reacción conjunta que podríamos calificar de incómoda ante la llegada del material americano [...] Los militares advertirán del peligro de deslumbramiento que el nuevo material puede ejercer, desvirtuándose el espiritualismo del Ejército, y apuntándose la amenaza de que las ideas democráticas y disolventes que llegan junto con el nuevo armamento logren lo que no consiguió el cerco internacional: infiltrarse en España y en el Ejército»[13].

La hostilidad hacia Estados Unidos estaba muy extendida tanto entre los generales veteranos como entre la joven oficialidad. No obstante, los altos mandos militares moderaron mucho sus opiniones tras el triunfo de los Aliados, una vez que Estados Unidos aparecía como la única posibilidad para abandonar el aislamiento. Una moderación que no se respetó en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, aunque con el tiempo iría atemperando su visión de los estadounidenses, llama la atención el antiamericanismo del afamado teniente general Alfredo Kindelán al comienzo de los años cuarenta. Su posición es muy representativa del rechazo que causaba entre los militares españoles la heterogeneidad de la sociedad norteamericana, que ellos identificaban con desorden y caos: «Los Estados Unidos no forman una nación ni un Estado perfectos; no poseen una plena civilización, ni unidad étnica, religiosa o moral propia; y, en cambio, cuentan con millones de negros, de chinos y otros detritus humanos, desarraigados y delincuentes, que sólo aspiran a poseer dinero y medios materiales [...] No es el *yankee* una especie permanente del género humano, indestructible y eterna, sino un elemento transitorio»[14].

El general Joaquín de la Llave, en la misma línea, criticaba que los norteamericanos, para satisfacer sus apetencias materialistas, hubieran estimulado en el pasado «una enorme inmigración forzada de razas africanas que, aunque después de la guerra de secesión fueron

---

[12] CASTELLANO, J.: «Los Pactos y nosotros», *Pensamiento y Acción*, 37 (octubre de 1953).

[13] LOSADA MALVÁREZ, J. C.: *Ideología del Ejército Franquista (1939-1959)*, Madrid, Istmo, 1990, p. 57.

[14] KINDELÁN, A.: *España ante la esfinge*, Madrid-Barcelona, Plus-Ultra, 1943, p. 266.

libertadas, han dejado una gran proporción de negros, con repercusiones sociales y que son un fermento que produce efectos geopolíticos» [15]. Al igual que en 1898, cuando las ideas darwinistas y raciales estaban en pleno apogeo, los militares españoles pensaban que la pluralidad racial suponía una gran desventaja para la fortaleza bélica de una nación [16].

Tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, la joven oficialidad mostró una desenvoltura mucho mayor a la hora de expresar sus sentimientos antiamericanos. De hecho, muchos jóvenes oficiales manifestaron sus recelos hacia Estados Unidos cuando la alianza con ellos era ya inexcusable. Las críticas no se hacían ahora con base en un lenguaje racista periclitado, sino que se centraban en los males de la sociedad moderna, identificada con Estados Unidos. Así, el coronel José María Gárate Cordoba, uno de los jóvenes escritores militares más prolíficos y populares, pontificaba en mayo de 1953 sobre la «blandura» del soldado norteamericano, achacándola al

> «materialismo de la prisa como ambiente de vida, que no da lugar a lo espiritual; [...] la falta de compenetración de los esposos para la educación de los hijos como consecuencia de la debilidad de los lazos matrimoniales; [...] el fracaso de la ingenuidad democrática, que hizo posible la entrega a Rusia de secretos atómicos, de esa democracia mal entendida en la que una mayoría de votos puede decidir que la patria se suicide; [...] la falta de religiosidad, lo que resta un medio poderoso a la "educación por la disciplina", el "Dios todo lo ve", que repiten nuestros niños [...]» [17].

También ese mismo año el teniente coronel Manuel Cabeza Calahorra ratificaba, tras haber pasado nueve meses en Estados Unidos, que «pese a todos los progresos materiales, si alguien me preguntase si creo que la gente en Estados Unidos es más feliz que en España, yo contestaría que no». Y ello porque los norteamericanos «con su agitación febril, su maquinismo, sus gigantescas y complicadas organiza-

---

[15] General La Llave, «Sobre Geopolítica», *Ejército*, 48 (enero de 1944).

[16] Balfour, S.: «"The Lion and the Pig": Nationalism and Nacional Identity in Fin-de-Siècle Spain», en Mar-Molinero, C., y Smith, A. (eds.), *Nationalism and the Nation in the Iberian Peninsula. Competing and Conflicting Identities*, Oxford, Berg, 1996, pp. 107-117.

[17] Gárate Córdoba, J. M.: «Meditaciones sobre la crisis del valor», *Ejército*, 160 (mayo de 1953).

ciones, sus millones de neuróticos y sus millones de divorcios; son hombres ricos [...] pero no más felices»[18].

Lo que en aquel momento se rechazaba desde los círculos militares era una modernidad, ya entonces representada indiscutiblemente por Estados Unidos. Las amenazadoras fuerzas que la modernidad trae consigo, tales como el secularismo, la democracia liberal, el capitalismo o la laxitud moral, se identificaban con Norteamérica, que desde comienzos del siglo XX asombraba a los europeos por su capacidad de expansión económica y cultural, despertando fuertes rechazos en los grupos conservadores. Hay que tener en cuenta que, tal como señala Paul Hollander, «la más profunda y amplia fuente de antiamericanismo es la aversión, o, en el mejor de los casos, la ambivalencia, frente a la modernidad, que los Estados Unidos representan destacadamente»[19].

El rechazo a lo que Estados Unidos encarnaba era tan fuerte entre los militares españoles que incluso figuras carismáticas del Ejército como José Millán Astray se distanciaron de Franco a medida que éste se vio forzado a irse aproximando a los norteamericanos[20].

La Iglesia y el «peligro protestante»

La Iglesia española también se destacó en estos años por el rechazo a Estados Unidos, sobre todo desde finales de los cuarenta, cuando la aproximación de España a la gran superpotencia mundial comenzó a despertar recelos y desconfianzas. Su antiamericanismo viene dado sobre todo por la identificación que efectúan entre estadounidenses y protestantes. En consecuencia, a medida que el acercamiento entre España y Estados Unidos es mayor, más notoriedad adquiere la preocupación de los círculos católicos por la llamada «cuestión protestante».

Hay que tener en cuenta que la intolerancia religiosa en España preocupaba mucho al presidente norteamericano Harry S. Truman,

---

[18] CABEZA CALAHORRA, M.: «De vuelta a la Patria», *Pensamiento y acción*, 35 (agosto de 1953).

[19] HOLLANDER, P.: «Introduction: The New Virulence and Popularity», en HOLLANDER, P. (ed.): *Understanding Anti-Americanism..., op. cit.,* p. 12 (traducción mía).

[20] FERNÁNDEZ, C.: *Tensiones militares durante el franquismo*, Barcelona, Plaza & Janes, 1985, p. 133.

entusiasta baptista, hasta el punto de que la «cuestión protestante» se convirtió en uno de los mayores impedimentos en el avance de las negociaciones hispano-norteamericanas. Truman se mostró muy firme en ese aspecto, denunciando constantemente el trato dado en España a las minorías religiosas. A su vez estas denuncias encrespaban los ánimos de los católicos españoles más intransigentes. En palabras de Ángel Viñas, «la intolerancia religiosa de ciertos sectores del régimen podría ser una de las razones que aletearon detrás del retraso de la ayuda económica a España. Nuevamente el peso de los prejuicios y las resistencias internas contrariaban el curso de la gran operación de política exterior del franquismo»[21].

Quien más se destacó dentro de la Iglesia en su oposición a cualquier tipo de relación con Estados Unidos fue el popular arzobispo de Sevilla, el cardenal Pedro Segura. Así, a una conferencia de prensa dada por Truman a comienzos de 1952, en la que mostraba nuevamente su malestar por la falta de libertad religiosa en España, respondía el famoso arzobispo con una carta pastoral, *Al cual resistidle firmes en la fe*, en la que criticaba la política religiosa de Franco, denunciando la venta de la unidad católica de España por unos empréstitos en dólares[22]. Su sermón provocó el asalto el 3 de marzo a la capilla protestante de San Basilio, en Sevilla, por un grupo de jóvenes de Acción Católica.

El indomable cardenal seguiría hostigando el acercamiento entre España y Estados Unidos hasta el final. Tras la firma de los pactos hispano-norteamericanos el 26 de septiembre de 1953, el periódico liberal londinense *New Chronicle* publicaba un telegrama de Reuter, cursado desde Madrid, en el que se decía: «El cardenal Segura, arzobispo de Sevilla, ha dicho hoy: "España no puede, por razones materiales tan mezquinas como la obtención de algunos dólares, cambiar su estilo de vida o dejarse pervertir o permitir que se perviertan sus niños"»[23].

---

[21] VIÑAS, A.: *En las garras del águila: Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 153.

[22] En *Ecclesia*, semanario de Acción Católica, se hizo una ferviente defensa de esta pastoral, sobre todo mediante la publicación de un editorial, «Otra vez el escándalo», en el que se criticaban los ataques a Segura procedentes del extranjero. Véase *Ecclesia*, 15 y 22 de marzo de 1952.

[23] GARRIGA, R.: *El cardenal Segura y el nacional-catolicismo*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 311.

En cualquier caso, la posición de Segura respecto a este tema, aun siendo la más vehemente, no era ni mucho menos la excepción en la Iglesia española. Unos años antes, el 28 de mayo de 1948, la Conferencia de Metropolitanos españoles había emitido una declaración sobre «la propaganda protestante en España». En ella, aunque se afirmaba que «bien seguros estamos de que nunca la masa del católico pueblo español pasará a cualquiera de las confesiones protestantes, que considera con razón como herejías», se dejaba traslucir la postura extremadamente excluyente de la Iglesia española del momento: «La intransigencia dogmática es la intransigencia en la defensa de la verdad revelada y es esencial al catolicismo, como eco de las palabras de Cristo: "Quien no está conmigo está contra mí"»[24].

En abril de 1949, el obispo de Astorga, Jesús Mérida, afirmaba en una carta pastoral que las leyes civiles «deben prohibir todo lo que dañe a la religión católica y a la unidad religiosa de los españoles, y, por consiguiente, la propaganda de toda falsa religión, como la herejía protestante»[25].

A medida que avanzaban las negociaciones entre España y Estados Unidos aumentaba la preocupación entre los católicos españoles. Fernando Martín Sánchez Juliá, el poderoso presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), mostraba su inquietud ante la posible expansión del protestantismo por España de la mano de Estados Unidos: «Hoy la unidad religiosa de España está presionada. Presionada, sí. Con una frase que quizá es un "slogan" podría decirse: "Un protestante, un dólar", y esta presión, a veces, es directísima, de Jefe de Estado a embajador»[26].

Por su parte, el obispo de Barbastro, Pedro Cantero, se pronunciaba en junio de 1953 con gran vehemencia en contra de concesiones a los protestantes amparados por Estados Unidos:

«La unidad católica ha sido y es la cuna, el cemento, el nervio y la gloria de la misma nacionalidad española [...] Toda propaganda proselitista protes-

---

[24] «Instrucción de la Conferencia de Metropolitanos españoles sobre la propaganda protestante en España», 28 de mayo de 1948. En *Ecclesia,* 19 de junio de 1948.

[25] Pastoral sobre «La restauración cristiana del orden político» del obispo de Astorga, Jesús Mérida. En *Ecclesia*, 7 de mayo de 1949.

[26] SÁNCHEZ JULIÁ, F. M.: «Cómo ve España un español con los ojos abiertos», conferencia dictada en el pontificio Colegio Español de Roma, publicada en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 29 (mayo de 1952).

tante resulta en España antinacional porque bate nuestra unidad como nación y nuestra paz interna como pueblo, de corazón ardiente e indómito, de principios claros y consecuentes. ¡Cuánto más si esa propaganda se realiza pagada con fondos de procedencia extranjera, en el suelo de nuestra propia soberanía y en una coyuntura histórica tan hostil, hasta hace poco al menos, a España!»[27].

Así pues, el peligro protestante derivado del acercamiento hacia Estados Unidos se extendió entre la mayoría de los sectores eclesiásticos españoles, provocando a su vez cierta alarma social. De ahí que el ministro de Asuntos Exteriores y miembro activo de la ACNP, Alberto Martín Artajo, aseverara en un discurso claramente dirigido a los Estados Unidos que «si otras formaciones políticas, o bien otras familias de pueblos, aspiran a contar con nuestro esfuerzo, deben dejar a un lado, cuando nos traten, lo mismo el proselitismo religioso de sus confesiones disidentes, que debieran reservar para aquellos pueblos que no conocen el mensaje de Cristo, que aquellas ofensivas de expansión cultural o de penetración económica, tras de las que pueden acaso encubrirse ambiciones de dominación más o menos imperialistas»[28].

En definitiva, nos encontramos en los círculos católicos con una reacción desproporcionada de temor, producto de prejuicios muy arraigados, al peligro que representaba aproximarse a una nación a la que consideraban quinta columna del protestantismo, lo que dice mucho del ambiente cerrado y rigorista en el que se movía la sociedad española de la época. Sin duda latía el miedo a permitir la más mínima disidencia que pusiera en entredicho la idea predominante entonces de una España monolítica, unánimemente católica. En palabras de Stanley Payne: «El intento [llevado a cabo por el franquismo] de revitalizar el tradicionalismo y el fundamentalismo religioso llegó a un extremo sin precedentes en ningún otro régimen europeo y casi guarda más parecido con el integrismo islámico que con el fascismo italiano»[29].

---

[27] *La Iglesia habla de España*, Madrid, Ediciones del Servicio Informativo Español, 1964, p. 43.

[28] MARTÍN ARTAJO, A.: «Presente y futuro de la comunidad hispánica», discurso dictado en el Instituto de Cultura Hispánica, 12 de octubre de 1951, publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 26 (febrero de 1952).

[29] PAYNE, S. G.: *El régimen de Franco. 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987, p. 654.

Falange y el enemigo americano: la defensa de la hispanidad y el temor a la expansión del american way of life

En cuanto al antiamericanismo procedente de los medios falangistas, cabe destacar los dos temas sobre los que se articuló fundamentalmente su discurso: la defensa de la hispanidad frente a la Doctrina Monroe y el rechazo del cine norteamericano, propagador de valores peligrosos y ajenos al espíritu nacional. También desde los sectores católicos y tradicionalistas se puso mucho énfasis en estas dos cuestiones.

La competencia por influir en la América hispánica iba a enfrentar constantemente a españoles y norteamericanos prácticamente desde el origen mismo de Estados Unidos como nación independiente (1776), alcanzando este enfrentamiento su clímax con la guerra de Cuba en 1898. Desde entonces, dentro de la derecha española se elaboró el concepto y mito de la «hispanidad», «uno de los puntales del nacionalismo conservador, católico y antiliberal del primer tercio del siglo XX»[30]. Inspirada sobre todo por Ramiro de Maeztu, la hispanidad consistía en la defensa a ultranza de los vínculos espirituales y culturales de España con sus antiguas colonias americanas, pretendiéndose así crear una fuerte y homogénea comunidad de naciones hispanas lideradas por España, al estilo de la *Commonwealth* británica.

En la posguerra española Falange hizo uso de este mito para satisfacer sus ansias imperiales y concibió a Estados Unidos como su principal enemigo en la tarea de aproximación a las naciones hispanoamericanas. En palabras del historiador Lorenzo Delgado: «La supremacía material de la civilización anglosajona, avalada por su potencialidad expansiva en los dominios económico, tecnológico y científico, era percibida como un peligro para los valores sociales y las señas de identidad culturales de la civilización hispánica»[31]. La Doctrina Monroe se convertía en la antítesis de la hispanidad y, por lo tanto, los norteamericanos devenían en el gran enemigo a batir. Desde el

[30] ÁLVAREZ JUNCO, A.: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 531.

[31] DELGADO, L.: *Imperio de papel: Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, p. 48.

círculo falangista en torno a Serrano Suñer, a través de un editorial de su revista *Mundo*, se exponía esta perspectiva: «La consabida doctrina de Monroe vuelve a ser la divisa de la Casa Blanca, bien entendido que ya nadie duda de su sentido real. "América para los americanos" es frase que presupone la antonomasia de que éstos no son sino, necesariamente, los americanos del Norte [...] Quienes repiten con miras excluyentes lo de "América para los americanos", olvidan o fingen desconocer que los americanos son, en gran parte, españoles» [32].

La defensa de la hispanidad se enfatizó presentando la oposición entre un mundo espiritual y desinteresado, cargado de altos valores morales, liderado por España, y el prosaico y materialista de los norteamericanos, sólo preocupados por apoderarse de las riquezas de sus vecinos. En esta línea, el escritor falangista, y uno de los más destacados intelectuales antiamericanos de la época, Eugenio Montes aseveraba: «La intervención de los Estados Unidos en el ámbito de la América católica e hispánica es tan vieja como la propia constitución de su entidad política. Nacieron invasores. Su población era entonces escasa y su territorio enorme, pero ya les acuciaban la megalomanía y la codicia del mando, creyéndose llamados a tutelar a gentes extrañas a su familia, a su espíritu y su carácter» [33].

En octubre y noviembre de 1940 los seguidores de la hispanidad encontraron un buen pretexto para expresar sus sentimientos antiamericanos en el rumor que empezó a circular sobre una posible negociación entre el gobierno uruguayo y la Casa Blanca para la instalación de bases navales norteamericanas en Uruguay. Se desencadenó una gran campaña en la prensa y en los círculos intelectuales españoles. En el diario *Arriba* se aseguraba: «Si las naciones hispánicas de América, para defenderse de ataques europeos imaginarios, cediesen bases, sufrirían una ocupación real. No ya la experiencia histórica lejana, sino la experiencia inmediata y reciente, enseña qué consecuencias se derivan de las cesiones de bases y puntos de apoyo» [34]. El rector de la Universidad Central de Madrid, Pío Zabala, enviaba un telegrama a todas las universidades hispanoamericanas incitando «a todos los intelectuales de nuestra América a no consentir que ni en el

---

[32] «La unidad moral de los pueblos de América», *Mundo*, 10 (14 de julio de 1940).

[33] MONTES, E.: «La intervención yanqui en la América hispana», *Arriba*, 15 de agosto de 1941.

[34] Editorial de *Arriba*, 16 de octubre de 1940.

espíritu ni en el cuerpo de la Hispanidad se instale ningún poder extraño»[35]. También el Sindicato Español Universitario (SEU) enviaba un mensaje a los estudiantes sudamericanos, apelando a su orgullo para defender la dignidad hispánica: «En el viejo solar de la Hispanidad palpita hoy el dolor indignado ante una vergüenza que las juventudes uruguayas no podrán consentir. Y estamos seguros de que su movilización coincide con la de todos los jóvenes de las potencias de Hispanoamérica, unidas en una resuelta decisión de independencia y libertad»[36].

Por su parte, Eugenio Montes, en un mensaje radiofónico dirigido a los intelectuales hispanoamericanos, afirmaba que «el trágico anuncio de que un Gobierno se dispone a entregar a un poder extraño su libertad, su tierra, sus aguas y su aire, ha sacudido con un temblor doloroso a toda la hispanidad [...] De donde le viene a la hispanidad de América el peligro cierto es del mismo continente monroísta, y no ya como amenaza, sino como real pesadumbre, que si por voluntaria entrega se instalase en Punta del Este, habría conquistado sin esfuerzo alguno el dominio de las ciudades y las tierras que el esfuerzo de tantas generaciones creó»[37]. Finalmente el gobierno uruguayo renunciaría a la instalación de bases estadounidenses en su territorio e, irónicamente, trece años después era la misma España la que iba a «entregar a un poder extraño su libertad, su tierra, sus aguas y su aire».

A principios de los años cuarenta la animadversión hacia Estados Unidos se expresó abiertamente desde niveles oficiales, a través de la puesta en práctica del programa «Hispanidad», con el que en los años inmediatamente posteriores al fin de la Guerra Civil se trataba de contrarrestar la cada vez más incontestable influencia política y económica estadounidense en la América hispana. El diplomático afín al tradicionalismo José M.ª Doussinague, director de Política Exterior entre 1942 y 1946, señalaba en un informe presentado en 1943 al entonces ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Jordana —informe que había elaborado en mayo de 1939, cuando le encargaron

[35] «Telegramas del rector de la Universidad Central a las Universidades americanas», *ABC*, 19 de noviembre de 1940.

[36] «Mensaje del Sindicato Español Universitario a los estudiantes de América», *ABC*, 19 de noviembre de 1940.

[37] MONTES, E.: «Mensaje a Hispanoamérica», *ABC* y *Arriba*, 20 de noviembre de 1940.

realizar el proyecto político americanista. Llama la atención que cuatro años después siguiera teniendo validez—: «Mientras los Estados Unidos dan ejemplo de vida licenciosa y olvido absoluto del Creador, España al levantar la bandera de la defensa de la civilización cristiana, agrupará en derredor suyo, aun sin proponérselo, a todas las fuerzas de resistencia antiyanqui, a todos los residuos de la tradición colonial española que se rebelan ante la idea de verse absorbidos por una mentalidad norteamericana ajena a su espíritu y contraria a sus principios»[38].

Dados los escasos resultados que obtuvo esta política exterior española en América Latina, incapaz de hacer frente al poderío político y económico norteamericano en la región, desde mediados de los años cuarenta se redefinió la actuación gubernamental, centrando su actividad en los ámbitos cultural y educativo. Así, en 1946 se creó el Instituto de Cultura Hispánica, mediante el que se trataba de fortalecer la relación entre España y sus antiguas colonias americanas. Bajo la égida de esta institución surgiría *Cuadernos Hispanoamericanos*, revista creada en 1948 y dirigida por Pedro Laín Entralgo. Esta publicación se destacaría en sus primeros años por su ferviente defensa de la hispanidad, en clave cultural y espiritual, frente a los norteamericanos, al igual que la revista *Alférez*, publicada por el Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe desde 1947 y en la que escribiría la flor y nata de los jóvenes universitarios falangistas: Rodrigo Fernández-Carvajal, José María Valverde, Carlos Alonso del Real, José Ángel Valente, Manuel Fraga Iribarne, etc. Estos jóvenes, acérrimos partidarios de la hispanidad, se mostraban favorables a un falangismo en el que se había sustituido el contenido fascista de los primeros años del partido por un catolicismo regeneracionista, de signo menos reaccionario que el dominante en la época. Su más renovadora actitud no tenía expresión, sin embargo, en su visión de Estados Unidos, extremadamente negativa por lo general. Valga como muestra el artículo que en el número inicial de la revista firmaba el director de la misma, Rodrigo Fernández-Carvajal: «Europa, al descubrir América, envió a modelar su espíritu dos hombres de muy distinta traza: el disidente

[38] AMAE, P-459/33.732, y «El problema americanista tras la Guerra Civil, Mayo de 1939», en AMAE, R-1435/2; citado en PARDO, R. M.: *¡Con Franco hacia el Imperio!: La política exterior española en América Latina, 1939-1945,* Madrid, UNED, 1995, p. 92.

anglosajón, que iba como emigrante, y el conquistador español, que iba como enviado [...] Al Norte se edificó un mundo nuevo y autóctono, pero sin reserva moral de Edad Media. Al Sur, en cambio, se trasplantó un árbol de raíz antigua y medieval con mayores garantías últimas que el grandioso edificio del Norte» [39].

Paradigmático del discurso antiamericano en su vertiente hispánica de la primera época de *Cuadernos Hispanoamericanos* es un estudio, que en realidad no es más que una retahíla de tópicos para justificar una supuesta incompatibilidad radical entre los hispanoamericanos y sus vecinos del norte, realizado por Antonio Carro Martínez, catedrático de Derecho político en la Universidad Complutense de Madrid:

> «Aparte de la raza, lengua y religión, es también punto de vinculación importante entre los pueblos hispánicos la común yanquifobia. Todos los países del Sur del Río Grande tienen algún agravio que recordar [...] Lo cierto es que al culto por el éxito anglosajón contestan los iberoamericanos en un sentido despreciativo, por estimar que dicho culto es agresivo, materialista, e inmoral. Agresivo, porque siempre se ha metido más de la cuenta donde no le llamaban. Materialista, porque sólo piensa en la forma de ganar dinero, desconociendo el placer por la vida, el arte, la literatura y la música. Inmoral, porque las magníficas producciones cinematográficas, que constituyen hoy la propaganda más eficaz de las maneras de vida norteamericanas, no se avienen con el sentido católico iberoamericano» [40].

El rechazo a Estados Unidos por parte de los adalides de la hispanidad estaba tan arraigado que, aunque no era lo más frecuente, había incluso quienes situaban a Norteamérica en el mismo nivel que al comunismo soviético, una idea que había popularizado en el continente europeo uno de los pensadores más influyentes en el discurso antiamericano contemporáneo, el filósofo alemán Martín Heidegger: «Europa yace hoy cogida en una gran tenaza, apretada entre Rusia en un lado y Estados Unidos en el otro. Desde un punto de vista metafísico, Rusia y Estados Unidos son lo mismo, con el triste frenesí tecno-

---

[39] FERNÁNDEZ-CARVAJAL, R.: «Precisiones sobre la Hispanidad», *Alférez*, 1 (28 de febrero de 1947).

[40] CARRO MARTÍNEZ, A.: «Contactos psicológicos y políticos de Estados Unidos con Iberoamérica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 28 (abril de 1952).

lógico y la misma organización irrestricta del hombre promedio» [41]. En semejantes términos, el profesor de la Universidad de Granada Francisco Gil y Tovar señalaba que tanto la URSS como Estados Unidos «son poderes del materialismo y, por tanto, niegan o desconocen los valores del espíritu [...] La Hispanidad no puede aceptar la rotunda negación de un materialismo para ponerse a servir a otro. Desde su atalaya del espíritu, el meridiano hispánico dista tanto del comunismo euroasiático como del capitalismo norteamericano» [42].

Así pues, el mito de la «hispanidad» tuvo un peso enorme en el discurso franquista, tanto falangista como católico, de los años cuarenta y principios de los cincuenta, erigiéndose en acicate de frecuentes diatribas antiamericanas.

Pero si hay algo que en aquellos años se identificó con Estados Unidos y, por ello, recibió frecuentes críticas, fue el cine. En este caso, a la antipatía genérica hacia Norteamérica se unía la ofensa al amor propio que significaba el liderazgo de un pueblo «advenedizo» en el arte más pujante de la época. Sobre todo tras la Segunda Guerra Mundial, el liderazgo indiscutible de la industria cinematográfica norteamericana propició que se llevara al paroxismo la identificación entre el cine y Estados Unidos. En este sentido, son significativas las palabras del cofundador de la revista *Alférez*, Ángel Álvarez de Miranda:

> «Querámoslo o no, el cine es un amplio producto cultural de nuestro tiempo; como tal contiene una semántica determinada, y es una vasta onda que por razones psicogenéticas tiene situado el epicentro en zonas de mente y de sensibilidad características del hombre norteamericano. Así, no es de extrañar que formen parte de su *ethos* normal ingredientes tales como la puritana concepción del éxito en la vida como prenda de predestinación, la sustitución del ideal cristiano de la caridad por el vagaroso y teísta del altruismo, la prédica del confort como necesidad, la supresión o tergiversación del factor "pecado original", la veneración materialista del elemento cuantitativo expresado en el "récord", y tantas otras realidades de signo semejante» [43].

---

[41] Esta cita procede de un curso sobre *Introducción a la metafísica* impartido por Heidegger en 1935, publicado posteriormente; citado en CEASER, J. W.: «Una genealogía del antiamericanismo», http//www.neoliberalismo.com/genealogía.htm.

[42] GIL Y TOVAR, F.: «Hispanoamérica ante el comunismo», *Cuadernos Hispanoamericanos,* 14 (marzo-abril de 1950).

[43] ÁLVAREZ DE MIRANDA, A.: «Ética y mítica del cine», *Alférez*, 6 (31 de julio de 1947).

Nunca antes había existido un medio de difusión cultural tan rápido y eficaz como el cine y el hecho de que fuera dominado por los norteamericanos provocó mucha suspicacia entre falangistas y católicos, que temían la americanización de las costumbres y los valores españoles. Las publicaciones del SEU pusieron especial hincapié en mostrar este recelo:

«A nosotros el cine yanqui nos tiene que molestar igual que nos molesta una chaqueta estrecha o unos zapatos pequeños. ¿Por qué? Sencillamente, porque no nos va. Analizad cualquier película de esas que se eternizan en los carteles. Si pensáis un poco, os dais cuenta enseguida de que tiene un espíritu opuesto al nuestro; y que este espíritu que se nos está infiltrando es una realidad. El que no se percate de esto es porque ya está yanquilizado. ¿Y esto es malo? Sí, amigos míos, muy malo: porque es hacerse extraño, es lo mismo que etiopizarse, pues, en una palabra, igual de extraños son los etíopes que los yanquis [...] Levantemos la voz con energía y recordad, con orgullo, que cuando los españoles llevábamos ya mucho tiempo con nuestra manera de ser propia, allí de donde ahora nos llega este espíritu pernicioso sólo existían unas cuantas tribus de pieles rojas» [44].

En la España aislada internacionalmente de la segunda mitad de los años cuarenta, el cine norteamericano suponía prácticamente la única ventana al exterior y por ello era si cabe más repudiado por los elementos más nacionalistas y reaccionarios del régimen, partidarios de sustituirlo por una industria cinematográfica española poderosa. Así, el propagandista católico Luis de Zulueta, en una conferencia impartida en el marco del Círculo de Estudios del Centro de Madrid, afirmaba rotundamente: «Ha llegado el momento de que un arma que hasta ahora se ha manejado casi exclusivamente para el mal, sea recuperada y utilizada para el bien y al servicio de Dios y la Patria [...] hay que realizar una gran cruzada por el cine nacional» [45].

En la misma línea, el poeta, entonces falangista, José Ángel Valente abogaba por no ceder a la pujanza de un cine tenido por insustancial y extraño al modo de vida español:

«No cabe resignarse a la invasión de una mitología advenediza, inauténtica, expresiva en todo caso de ajenas actitudes ante la vida. Todavía estamos

---

[44] AGUILAR CACHO, R.: «Cine», *La Hora*, 37 (15 de febrero de 1947).

[45] ZULUETA, L. de: «El cine y los propagandistas», *Boletín de la ACNP*, 390 (15 de abril de 1947).

sobre Europa, y somos estirpe de los mitos seculares. Todavía —hispánicos— encarnamos limpias actitudes morales. No se puede ignorar hasta qué punto, en el ciudadano medio, en el honrado oficinista o en la muchacha bonita, el cine ha suplantado sueños legítimos por ilegítimos espejismos. Y luego, esa cotidiana invitación a lo frenético: las cintas de espionaje, las repetidas cintas de "gansters" o la vertiginosa y absurda comedia americana, que tiene, desgraciadamente, a su favor el prejuicio de su perfección técnica»[46].

Incidiendo en la necesidad de que el cine español superara al estadounidense, propagador de una peligrosa modernidad, el omnipresente Eugenio Montes presentaba la película *Surcos* (1951), de cuyo argumento él fue autor, como ejemplo del camino a seguir: «Mientras el cine americano resulta el Gran Tentador de las masas —y el Gran Tentador es el nombre propio del Demonio—, que con el señuelo de bienes fáciles desarraiga a las gentes del campo para devorarlas en la ciudad, el cine español debe proponerse lo contrario, convirtiendo el tóxico en veneno. "Surcos" pretende mostrar con viril evidencia las desventuras que causa el desarraigo de la tierra, sugiriendo el retorno de la complicación de la gran urbe a la vida sencilla y honesta»[47].

En las críticas al cine norteamericano es muy habitual encontrar expresiones de lo que Russell A. Berman denomina *antiamericanismo predemocrático*. Esta variante de antiamericanismo «expresa un desdén aristocrático (o pseudoaristocrático) por la vida democrática, estimada como demasiado ordinaria, banal y falta de calidad. América representa entonces la fuerza conductora de la modernización y la trivialización; la nostalgia por la edad dorada del mundo premoderno se convierte entonces en antiamericanismo [...] El antiamericanismo contrasta la supuesta baja calidad de la cultura de masas estadounidense (el cine de Hollywood) con los presumiblemente altos estándares de calidad europeos»[48]. En esta línea destacaron en España algunos intelectuales muy influenciados por la crítica a la cultura de masas que años atrás realizara José Ortega y Gasset[49]. Por ejemplo, Pedro

---

[46] VALENTE, J. A.: «La enfermedad del cine», *Alférez*, 21 (octubre de 1948).

[47] Citado en GARCÍA SEGUÍ, A.: «El cine social en España», *Nuestro Cine*, 3 (septiembre de 1961).

[48] RUSSELL BERMAN, A.: *Anti-Americanism in Europe: A Cultural Problem*, Stanford, Hoover Press, 2004, p. 42 (traducción mía).

[49] Ortega y Gasset mantuvo, al igual que otros muchos intelectuales europeos de su tiempo, cierto desdén por la cultura norteamericana. Esta postura puede apreciar-

Laín Entralgo escribía en *Arriba*: «Parece, en efecto, que la cultura americana —démosla por existente— ha llegado pronto a horas de corrompida y escéptica decadencia [...] Como europeo, apenas me parece arriesgado predecir la incapacidad culturalmente creadora de los Estados Unidos, a pesar de Whitman y de Edison, Europa, con sus posibles descarríos, fraccionamientos o luchas, sigue siendo la meta rectora de la Historia»[50]. Este elitismo cultural eurocentrista queda también perfectamente reflejado en la siguiente cita tomada de la revista *Alférez:* «La producción de Hollywood, complaciente al bajo gusto del público y al ánimo de un máximo rendimiento comercial, deja que sus films pierdan interés y mérito artístico para caer en una insípida vulgaridad sólo encubierta por el aplomo y el brillo de una técnica bien elaborada. Entretanto, el cine europeo renace en la postguerra con un ímpetu digno de especial consideración»[51].

Por último, el antiamericanismo se expresó también en las filas falangistas, aunque de forma más minoritaria, mediante el ataque al modelo político y, sobre todo, económico de Estados Unidos. De este modo, se enfatizaba el carácter social de la doctrina falangista y, hasta la derrota del Eje, servía también para mostrar su identificación con el nuevo orden que trataban de imponer nazis y fascistas. La crítica al modo en que los norteamericanos organizaban su vida política y económica no se hacía, sin embargo, en los modernos términos que acompañaban al discurso fascista en Italia y Alemania, sino, por el contrario, estaba basada en dogmas conservadores e iba frecuentemente acompañada de otro de los grandes clichés asociado al pueblo estadounidense: su juventud, esto es, su falta de experiencia histórica. Así, se relacionaba un modelo de sociedad tenido por explotador e inhumano con el vacío histórico del que había surgido, con la ausencia de tradiciones que hubieran garantizado cierto orden en el devenir de la sociedad norteamericana. El "camisa vieja" Gumersindo Montes Agudo, en una crítica al cine de Hollywood, sintetizaba esta postura: «Cine ideal para que la burguesía pase horas y horas embelesada ante una farsa completamente simple en la mayoría de los

---

se tanto en *La rebelión de las masas* (1930), sobre todo en su «Prólogo para franceses» (1937), como en una serie de artículos de 1932 recogidos bajo el título *Sobre los Estados Unidos* y en un ciclo de conferencias pronunciadas en Buenos Aires en 1928.

[50] LAÍN ENTRALGO, P.: «La subversión en el cine americano», *Arriba*, 8 de mayo de 1941.

[51] CASAMAYOR, E.: «Europa contra Hollywood», *Alférez*, 21 (octubre de 1948).

casos; pero que, presentando un único lado de aquella civilización —rascacielos y "girls", música negra y una Escuadra flamante (hasta Pearl Harbour)— oculta las llagas de un sistema explotador, con sus millones de parados, sus huelgas sangrientas, sus tinglados judaicofinancieros, y sobre todo —y ahí está su gran motivo de rencor para Europa— su tremendo vacío histórico»[52].

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando todavía el triunfo alemán parecía no admitir dudas, *Arriba* se permitía criticar las amenazas norteamericanas de entrar en la guerra aduciendo precisamente la falta de sentido histórico que caracterizaba a los estadounidenses: «El pueblo norteamericano es aún muy joven para entender la certeza de estas direcciones nacionales, y cree que un histerismo publicitario puede hacer fracasar decisiones destinadas fatalmente a abrirse paso en la Historia»[53].

A esta falta de madurez histórica seguía la infantilización de los estadounidenses, presentados como seres simples y vulgares. Eugenio Montes les retrataba en estos términos: «Esos múltiples y diversos yankees que cristalizan en el mito Babbit[54] son seres simples, pero con conciencia de su simplicidad. Saben que Europa es un continente complejo y que ellos no tienen sutileza ni historia bastante para comprenderla y moverse entre ella con éxito y eficacia»[55].

En definitiva, se presentaba a Estados Unidos como un gigante físico, sobre todo tras sus éxitos en la Segunda Guerra Mundial, pero como un enano espiritual y cultural, producto de su falta de historia y tradiciones: «Hay algo que nunca se resolverá con los capitales abrumadores —los rascacielos gigantescos, el concepto materialista de lo mastodóntico, el gansterismo y el superconfort en la vida—: La cultura, la espiritualidad y la historia. Lo que ni se improvisa ni se compra»[56].

---

[52] MONTES AGUDO, G.: «El cine al servicio de la política», *El Español*, 26 (24 de abril de 1943).

[53] «Amenazas ineficaces», *Arriba*, 2 de julio de 1941.

[54] Este mito procede de de la popular novela de 1922, *Babbit*, de Sinclair Lewis. Su protagonista, George Follanbee Babbit, representaba al hombre medio norteamericano, centrado en sus negocios y determinado por un carácter ingenuo, cordial, optimista y vulgar.

[55] MONTES, E.: «Roosevelt, el snobismo y la guerra», *Arriba*, 10 de agosto de 1941.

[56] GÓMEZ DE LA SERNA, G.: «Norteamérica, la cultura y el confort», *La Hora*, 36 (8 de febrero de 1947).

Conclusiones

Queda claro, por tanto, que los acuerdos con Estados Unidos del año 1953 se llevaron a cabo en medio de un clima de gran hostilidad por parte de amplios sectores del régimen franquista, hostilidad sólo superada por la necesidad de abandonar un aislamiento muy dañino para la población y la propia supervivencia del régimen. Sólo un año antes de firmarse los acuerdos hispano-norteamericanos un editorial de *Arriba* exponía sin ambages esta postura: «Campea entre las estridencias del sector adverso de la Prensa americana el concepto emitido por el *New York Times* de que "hay desventajas políticas y morales en tratar con España". Eso mismo, referido a Norteamérica, podríamos nosotros, desde otro punto de vista, repetir con mayor fundamento, si el interés de la Patria no predominase por encima de los naturales desahogos.

El que el Estado español pueda entenderse con el Estado americano no puede representar la menor identificación con la doctrina y peculiaridades de la política ni de la ética social americana» [57]. En vista de todo ello no es extraño que, como señala José Manuel Allendesalazar, «los acuerdos entre España y Estados Unidos de 1953 fueron, se ha dicho a menudo, un matrimonio de conveniencia, contraído con poca ilusión, con el mínimo ropaje retórico y con la idea clara de que lo que se estaba haciendo era pura *Realpolitik*» [58].

En la España franquista se aceptó de muy mala gana el nuevo rango de superpotencia de Estados Unidos, puesto que los presupuestos ideológicos y axiológicos de la derecha tradicional española eran diametralmente opuestos a aquellos encarnados por un país con supremacía protestante, adaptado a la modernidad, democrático y liberal. A ello hay que añadir la sensación de superioridad histórica y cultural que los europeos de la época, y en esto los españoles no eran una excepción, tenían respecto a los norteamericanos, lo que dificultaba la aceptación de su nuevo liderazgo.

Sin duda latía en la aversión a Estados Unidos un profundo temor a la expansión de la modernidad. Al habitual rechazo que el ideario

---

[57] «Posiciones claras», *Arriba*, 24 de agosto de 1952.

[58] ALLENDE SALAZAR, J. M.: «España y Estados Unidos en el siglo XX», *Política Exterior*, 81 (mayo-junio de 2001).

moderno despertaba en la derecha española se unían las incertidumbres, siempre tan poco gratas a ojos conservadores, que generaba el poderío de un país paradigmático de lo nuevo, sin tradiciones y sin historia.

Los grupos conservadores españoles tenían la sensación de que el mundo tradicional y católico labrado secularmente con el que ellos se identificaban estaba cada vez más expuesto a la contaminación de un nuevo virus que, propagado por Estados Unidos, parecía imparable a la luz de los adelantos tecnológicos y del gigantismo propios de ese país allende el Atlántico. Y es que para los españoles de la época Estados Unidos era, fundamentalmente, Nueva York: un mundo urbano, de enormes rascacielos, ultramoderno, cosmopolita, en el que multitud de desarraigados hombres-masa vagan por las calles. En definitiva, lo opuesto a la idea de la España católica, caballeresca y rural que tanto se mitificó durante el primer franquismo.

Mediante los pactos de 1953 la imagen de Estados Unidos salía gravemente deteriorada a ojos de los sectores progresistas españoles, hasta entonces la parte de la población más pronorteamericana, mientras que en la derecha el acercamiento a la gran superpotencia no propició un cambio radical y súbito en su negativa percepción de los estadounidenses, manteniéndose vigentes prejuicios y clichés heredados cuya superación se realiza con gran lentitud. A pesar del paso del tiempo es innegable que esto podría ayudar a explicar el intenso y extendido antiamericanismo todavía presente hoy en la sociedad española, puesto que, como señalan Barry Rubin y Judith Colp Rubin: «Sólo mediante la comprensión del desarrollo histórico —y la poderosa continuidad— del antiamericanismo puede ser éste comprendido en cuanto fenómeno contemporáneo»[59].

[59] RUBIN, B., y COLP RUBIN, J.: *Hating America: a History...*, *op. cit.,* p. viii (traducción mía).